

El futuro ahora*

Dice la historia, ¿o será la leyenda?, que tras tomarse la famosa foto de Francisco Villa sentado en la silla presidencial acompañado de Emiliano Zapata, este último habría ordenado destruir dicho trono. Las razones que habría alegado el caudillo del sur para realizar este acto se resumirían en una sola frase de brutal verdad: «Todo aquel que se sienta en la silla presidencial se vuelve malo». Sin embargo, como demuestra Carlos Fuentes en su más reciente novela, no es necesario sentarse en ella para convertirse en un Mr. Hyde. Tan sólo basta con estar políticamente cerca de la silla y deseársela.

El relato se sitúa en México, en el año 2020, en donde a causa de seguir una política soberanista en contra de la invasión de Estados Unidos a Colombia y a favor de que los precios del petróleo se mantengan elevados, la administración de Condoleezza Rice, presidenta de los Estados Unidos, decide castigar a su vecino cortándole todas las comunicaciones desde Internet hasta la televisión, pasando por el teléfono. Oficialmente, se trata de un fallo del satélite que le presta Estados Unidos a México.

* Carlos Fuentes, *La silla del Águila*, Alfaguara, Madrid, 2003, 376 pp.

Más que una agudeza profética, este planteamiento es un mero pretexto argumental para justificar el género epistolar de la novela en pleno siglo XXI, ya que en ningún momento se explica el motivo de la invasión o las razones de que los precios del crudo hayan subido. Pese a que, según dictan los cánones, en la política mexicana nunca hay que dejar nada escrito, los personajes de *La silla del Águila* deberán hacer virtud de la necesidad para mantener sus capacidades de maniobra y, por lo tanto, su propio poder. Resulta interesante ver cómo Carlos Fuentes resalta la importancia de los distintos políticos y poderes a través de las cartas que escriben o, mejor dicho, su silencio. Todos los intrigantes escriben, salvo los presidentes, que ya detentan el poder y pueden convocar a sus ayudantes en el momento que les dé la gana. La ausencia de cartas de los presidentes refuerza la idea de que ellos no están para discutir ideas, sino para escuchar a sus distintos consejeros y, sobre todo, para actuar. De hecho, la última carta de Nicolás Valdivia que se presenta en el libro se realiza cuando éste aún es Secretario de Gobernación. Una vez que se hace con la silla de forma interina, a raíz de la muerte natural del presidente Terán, deja de oírse su voz, pero se multiplican sus actos. El ejército, por su parte, representado por el general Von Bertrab, también tiene esta función,

aunque en su caso sí existe una carta para justificar sus actos. En ese sentido, casi tendría el mismo estatut que el presidente. Es decir, no pide órdenes o consejos, sólo actúa y justifica sus acciones. En sí, las misiones también tienen una función simbólica dentro de la obra, ya que resaltan el hecho de que la modernidad tan cacareada por algunos dirigentes no ha llegado aún a México, al menos en materia política.

En ese año 2020, México intenta superar su ya larga transición política y el PRI, al igual que la Cámara de Diputados y el país entero, se encuentra dividido en minúsculas facciones, siendo un gobierno de unidad nacional el que detenta el poder. El año, elegido con toda intención, coincide también con el equinoccio del mandato del presidente Lorenzo Terán y, por ende, con el principio del canibalismo sexenal destinado a elegir al sucesor. Si bien es cierto que ya no existe el retrógrado dedazo, todo el mundo sabe que aquel que cuente con la bendición del mandatario tendrá las mayores oportunidades de hacerse con la silla en el año 2024. En ese sentido, dos son los contendientes que se presentan como máximos favoritos para suceder a Terán: Bernal Herrera, Secretario de Gobernación, hombre honrado y práctico al cual un hecho oscuro de su vida pasada podría arruinar su carrera; y Tácito de la Canal, primer adulador del presi-

dente y hombre de dudosa honestidad. Amén de éstos, existen toda una serie de personajes que bien podrían hacernos pensar en distintos políticos de la historia reciente de México. El retorno del ex presidente César León, deseoso de que la Constitución se reforme para poder hacerse reelegir, tiene sospechosas similitudes con Carlos Salinas de Gortari y, por otra parte, no podemos dejar de hacer comparaciones entre Tomás Moctezuma Moro, candidato idealista supuestamente asesinado por el propio sistema en el año 2012 con el propio Luis Donaldo Colosio. En el caso de este personaje, cabe destacar la intencionalidad del nombre elegido ya que, por una parte, hace referencia a su carácter utópico, mientras que el apellido indígena que recuerda al antiguo monarca azteca anticipa su triste final. Por último, el presidente Lorenzo Terán, empresario campechano y firme creyente en la democracia, pero abúlico, pareciera ser un calco de Vicente Fox. Eso sí, resulta verdaderamente original la inclusión de «Séneca», intelectual patriota y honrado, que viene a ser una especie de conciencia del mandatario y que le indica, en cada momento, lo éticamente correcto. Sin embargo, paradójicamente son también sus consejos los que desembocan en la irritación norteamericana y el castigo antes mencionado. En ese sentido, él es el reverso de la moneda comparado con el

general Cícero Arruza. Si bien este último, jefe de la policía y verdadero asesino de guerrilleros en el pasado, es un mal necesario del gobierno, el otro viene a ser un bien útil, aunque sólo sea para oír críticas y no perder contacto con la realidad en la corte de aduladores que rodean a Terán.

El cúmulo de similitudes con la realidad tanto en los personajes como en los hechos que en algunas ocasiones se anticiparon a los acontecimientos (la negativa de México a la guerra de Irak retratada en este caso en la invasión a Colombia), hacen que *La silla del Águila* se convierta en un análisis, bastante pesimista dicho sea de paso, sobre la situación actual de México y lo que le espera en las próximas elecciones del 2006, y no una novela de ciencia-ficción.

A través de una prosa ágil y coloquial, cargada de sentencias que son verdaderos mandamientos de la política mexicana, como «el que no tranza no avanza», «la política es el arte de tragar sapos sin hacer gestos» o «la corrupción lubrica el sistema», Carlos Fuentes va desmadejando los aspectos más oscuros de la lucha por el poder en México. De modo que la frase de Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo* de que en la política mexicana el único verbo que se conjuga es el de madrugar se muestra con toda su plenitud, pese a haber sido escrita más de medio

siglo antes. Efectivamente, todo vale para hacerse con el poder: destapar los escándalos de los rivales, asesinar, organizar golpes de Estado encubiertos o a plena luz del día, infiltrar espías en las oficinas de los enemigos, etc.; y, por supuesto, aprovecharse del cargo para el lucro personal y así fortalecer también las posibilidades de alcanzar la silla. Cabe destacar, sin embargo, que los complots más prometedores siempre están respaldados por las mujeres, que vienen a ser un poder en la oscuridad, pero cuya importancia a la hora de mover los hilos es fundamental. Ambos candidatos, Herrera y de la Canal, tienen amantes (María del Rosario Galván y Pepa Almazán) que velan por sus intereses y, amén de la ambición política, existe entre ellas un odio que las trasciende y convierte la pugna en algo personal. En el caso de Valdivia, si bien su principal apoyo viene de Von Bertrab, no resulta menos cierto que su ascenso depende directamente de María del Rosario y que la diputada Tardegarda le acaba dando las llaves de la presidencia, independientemente de que luego se olvide de ellas una vez sentado en la silla. En cambio, todas las acciones emprendidas sólo por hombres, siempre encuentran una piedra en el camino. El ex presidente César León no logra reestablecer su poder sobre su antiguo achichincle Enésimo Canabal por el resentimiento de humillaciones pasadas

que éste le tiene; el misterioso ex presidente jarocho que imparte clases de política en los portales de Veracruz no cae en la cuenta de que su prisionero y alumno político Tomás Moctezuma Moro se ha vuelto loco tras ocho años de encarcelamiento con una máscara de hierro en la cara en la isla de San Juan de Ulúa y, finalmente, el intento de golpe de Estado del general Cícero Arruza viene a ser un cúmulo de desatinos que no cuenta con el apoyo de ninguno de los caciques del país y mucho menos del Ejército. Lo que sí une a todos los integrantes es su deseo de establecer un poder casi dictatorial basado en la premisa de que los mexicanos no se pueden gobernar a sí mismos. De hecho, el ascenso de Valdivia, en realidad, viene a ser la primera fase de un golpe de Estado encubierto, promovido por Von Bertrab, cuyo fin es prolongar indefinidamente el mandato de Valdivia.

Ahora bien, pese a la fascinación que puede ejercer una novela sobre el hipotético futuro de México y que, como ya dije con anterioridad, existen elementos en ella que se adelantaron a la situación actual, además de ser una excelente lección de cómo se maneja la política en este país, lo cierto es que encontramos en la novela de Carlos Fuentes toda una serie de golpes de efecto cuyo único fin es sorprender al lector, sin dar pistas previas, y que le restan brillantez al relato. El prime-

ro de éstos viene a ser la oculta y telenovelesca relación familiar Valdivia-Von Bertrab, revelada hacia el final de la obra y que se presenta como un *deus ex machina* que busca justificar el meteórico ascenso de Valdivia. En menos de un año, éste pasa de ser un don nadie a presidente, no por su propio mérito y fortuna, sino a través de un frío y calculado plan gestado con muchos años de anterioridad. En ese sentido, encontramos otro parecido con *La sombra del caudillo*, ya que si en ésta Aguirre no puede evitar de ninguna manera entrar en la lucha política como si fuera obra del destino, en la novela de Fuentes los personajes no pueden evitar caer en la trampa de Von Bertrab y favorecer a su candidato. Por otra parte, la trama de Tomás Moro nace también como un intento de darle mayor credibilidad al ascenso de Valdivia. Ya puestos a exagerar, qué mejor que resucitar al candidato muerto ocho años atrás el cual, en un verdadero giro rocambolesco, resulta que ha sido mantenido en *stand by* por el ex presidente veracruzano para restituirle en el poder en el momento adecuado. Ante tal perversidad, el caso Valdivia ya resulta más creíble.

Por último, lo que sí resulta verosímil es la doble conclusión que extraemos de la lectura de *La silla del Águila*: aunque pasen veinte años, México seguirá siendo un país totalmente sumiso y dependiente de los Estados Unidos y, por